

Y así se desvela la armonía de las
condiciones del cielo y sus efectos en las
bandas de la tierra y el espacio. Todo
esto es una gran seguridad a quien la
vea y admiración y en el mundo de los hom-
bres y las bendiciones del cielo.



CONFERENCIA
ACERCA
DE DON MANUEL CARPIO.

CARPIO A FONSIÑA



I

Al celebrar no pocas ciudades mexicanas el centenario del nacimiento de Carpio, la de suelo fértil, clima benigno y abundantes y alegres aguas; la que en su nivea pirámide más colosal y secular que las de Egipto da la primera señal de tierra, y de tierra hospitalaria, á los viajeros del Atlántico; la culta y bella Orizaba no ha querido ser última en honrar la memoria de nuestro poeta épico veracruzano.

Con la primera edición de sus versos y el juicio magistral de ellos dióle á conocer Pesado en 1849; trazó su vida en pocas pero admirables páginas Couto; y hoy, sin atender á lo molesto de las filar en que forma, sino sólo á su devoción y entusiasmo

por las letras patrias y el cantor que les dió tanto brillo, se llama aquí á otro hijo de nuestro Estado, y esta ya ilustre Academia le encomienda la expresión de sus propios afectos.

Voy, pues, á ensayarla, con menos temor del éxito que confianza en la benevolencia de que es ya prueba inequívoca el encargo.

II

La vida de Don Manuel Carpio fué consagrada á la virtud y al bien: al cultivo de las ciencias físicas, al progreso de la medicina, al desarrollo de la inteligencia en sus más nobles ramos.

Huérfano y pobre á fuerza de valor y constancia se abrió camino por sí mismo entre las zarzas del mundo. Al empezar á distinguirse, entró, como casi todos los hombres notables de su época, en el mar proceloso de la política: naufragó en él a poco, sufriendo desengaños y amarguras; y su carácter blando y benigno, pero nunca jovial, se hizo melancólico y tético en el retiro de una existencia modesta y consagrada siempre al servicio de la humanidad y al estudio.

Pero le estaban reservados grandes consuelos y goces inefables. La Poesía, que casi siempre se levanta como la estrella de la mañana sobre el valle de la juventud, parece haber brillado para Carpio á la hora del crepúsculo de la tarde. El naturalista, el anticuario, el astrónomo, el teólogo, el asiduo investigador de los Libros Sagrados, de la historia profana y de los sentimientos y pasiones del hombre, no vió sino después de mediada su carrera abrirse para él las puertas del Edén á que apenas llegan el estrépito y la marejada de las borrascas de esta prosáica y trabajosa vida que todos vivimos. Innegable ha de ser que nació con el temperamento poético, y que desde los primeros albores de la razón, trajo consigo los gérmenes de una imaginación lozana, de sentimientos hondos y acendrados, de inclinación á todo lo noble y grande. Pero; ó la revelación de estas sus propias dotes á sí mismo fué tardía, como se ha dejado ver en casos raros; ó por razonado y viril esfuerzo de la voluntad no quiso aprovecharlas sino después de haber enriquecido su entendimiento con el acervo de erudición de que tan brillante muestra dan sus versos. Lo cierto es que tardaron la flor y el fruto, nacieron y aparecieron desde luego en condiciones de vida y excelencia que pocas veces logran en sus obras al llegar al zenit los que se dieron á

conocer desde su oriente; y que el desarrollo cabal y la sávia vigorosa del árbol determinaron la magnitud y el exquisito sabor de sus pomas. Lo cierto es también que el semblante melancólico y austero del sabio se iluminaba con el fulgor de ideales desconocidos al vulgo: que los triunfos del Arte vinieron á cicatrizar las heridas del luchador político: que la vida oscura y retirada del solitario en sus horas de meditación y labor se trocaba en la múltiple vida de la naturaleza, de la humanidad toda con sus días nublados ó alegres, sus altos y progresos, la riqueza de su acopiada experiencia, y el tesoro aún más rico de sus piadosas y santas aspiraciones á lo desconocido y eterno.

Uno de los recuerdos más amables de la juventud es para mí el del exíguo y modestísimo gabinete en que el barón de rostro severo por el día y en la calle, solía recibir de noche á sus amigos en el abandono de la confianza, con efusión de cariño no sospechada de los extraños. A la luz de pobre bugía, entre estantes de libros y ante curiosos objetos penosa y paulatinamente coleccionados por el anticuario, leía sus más recientes versos en tono capaz de hacer naufragar los de Virgilio; discurrendo cuerda y donosamente acerca del asunto; la mentándose de las dificultades no vencidas en la ejecución; ufanándose sin falsa

modestia con la interpretación de tal ó cual pasaje griego ó latino, ó con la tersura y nitidez de esta y aquella estrofa de su propia cosecha; y aceptando ó rechazando, según el humor del momento, las atinadas aunque severas correcciones de estilo de Arango, y las elocuentes y profundas observaciones de Couto acerca de la demasiada exhuberancia de imágenes y epítetos y de la escasa parte cedida en las composiciones á la poesía de pensamiento. Ni era raro que Pesado terciara en los amistosos altercados apartando de ellos la atención de los circunstantes con llevarla jovialmente hacia el capricho de quien se ciñó el turbante y el alfanje del turco, personificación de la sensualidad, para entonar uno de los mejores himnos que el amor puro y verdadero ha alzado en nuestros días; á lo que correspondía Carpio reprochándole descuidos y erratas en la edición de sus propios versos hecha por Pesado, y las cuales constituyeron siempre uno de los más terribles sinsabores de nuestro poeta.

III

La aparición de los dos á quienes acabo de nombrar significó en México la resurrección y los medros de la poesía lírica que en la misma España llevaba largos años de encallada en las arenas del prosaísmo. Después de Sor Juan Inés de la Cruz y de Navarrete no sin que se reconozca el mérito del Padre Ochoa y de Tagle, las figuras más prominentes aparecidas fueron Pesado y Carpio; superior el primero por la filosofía, la elocución y el gusto; superior el segundo por la grandeza de sus asuntos bíblicos é históricos y por la viveza y energía de la frase.

La claridad es una de las buenas cualidades de Carpio; pero el exceso ó de abuso de las mejores suelen resultar los defectos: y por último de ser claro llevóle á ser prosaico no pocas veces. Se le reprocha esto: así como el amaneramiento de frases y giros que produce monotonía y parecido sensible en sus diversos poemas: la rebusca de rimas ó consonancias difíciles y raras; la intemperancia de enumeración en las descripciones; la nimiedad y terquedad con que repulía sus estrofas, y la falta en ellas

de hilación y encadenamiento; falta que á menudo las hace aparecer admirables aisladamente y no como partes necesarias de un conjunto hermoso y perfecto. Anto todos esos reparos son de alegarse en defensa del escritor, su tendencia á la sencillez helénica; lo codiciable del mérito de un estilo propio que estampe inequívoco sello de fábrica en todas las producciones; la facilidad y el gusto con que el erudito reparte á manos llenas el tesoro de sus conocimientos: por último, la aspiración al dominio de la arte; aspiración que no se satisface con la perfección y el afecto del todo si no resultan de la perfección y el efecto de cada uno de los detalles.

Curioso es observar que, no obstante su educación y gusto clásicos y su profesado horror al romanticismo, le pagó tributo inconsciente Carpio en algunas de sus mejores poesías. Romántica es la de "El Turco" bajo todas fases; y la ternura y melancolía, la vehemencia de los afectos y hasta la crudeza y el desenfado que resultan en otras, no menos que la variedad y discordancia de los géneros que cultivó, desde el idilio, la elegía y la oda hasta el epigrama satírico, traen su filiación, más bien que de las escuelas antiguas, de la moderna y revolucionaria que acaso inspiró ya á Schiller su "Cántico de la Campana" y á nuestro Navarrete sus "Ratos tristes;" que dotó del

"Moro Expósito" á España; que produjo para Francia y el mundo la más hermosa de las poesías líricas de Víctor Hugo, la consagrada á la destrucción de las Ciudades Malditas; que dió músculos y nervios leoninos á Quintana y Gallego bajo su clásica epidérmis: y que, muerta y enterrada y abominada, había de influir más tarde en la alianza y amalgama de virilidad y dulzura en los afectos, de energía en las ideas y de gracia y perfección en la forma, de que á italianos y castallanos dan rica nuestra Leopardi y Núñez de Arce.

IV

Todas estas y otras muchas observaciones habían sido ya indicadas ó desarrolladas tratándose del poeta más popular en México á mediados del siglo que va tocando á su término.

Más tengo para mí que al estudiar y juzgar á Carpio como poeta descriptivo, sentimental y religioso y de vena fecunda en los asuntos históricos, se dejó hasta aquí poco menos que inadvertido su rasgo fisonómico más conspicuo, que es al mismo tiempo el origen y la base más firme de su populari-

dad y de la alteza á que llegan su obras. Créo que no ha sido antes debidamente considerado como épico; y si no me equivoco en ello, acaso la rápida indicación de las razones en que me fundo para calificarle de tal, pueda ofrecer algo de novedad é interés á mi auditorio.

El genio y la índole de Carpio se inclinaban de preferencia ó lo grande y heróico. Fueron las páginas de la Biblia y de Homero sus nodrizas. La más profunda fe religiosa templó su espíritu y dió unidad y dirección fija, alta y constante á sus ideas. La epopeya formada por el conjunto de sus principales poemas no es la de un pueblo, ni de raza ó época determinada, sino la magnífica epopeya de la humanidad creyente desde la creación y la culpa original hasta la revelación y la redención; abrazando el castigo y la ruina de los perseguidores y tiranos, y los dolores y esperanzas de los pueblos agrupados bajo la bandera de Cristo. Así, pues, su asunto es familiar é interesantísimo á todo el mundo cristiano.

Al señalar las fuentes de su inspiración y el recurso y los frutos de ella, escusado es detenerse á advertir que se hizo dueño y no simple versificador de los asuntos elegidos; y que su modo de exponerlos y tratarlos no le priva de la condición de original, hasta donde sea posible alcanzarla en el género épico.

Si alguien creyera erróneas, ó cuando menos, atrevidas tales afirmaciones, lea con detenimiento las poesías de Carpio, y hallará en cuantas pertenecen á los géneros bíblico é histórico el sello épico en la materia misma y en el procedimiento empleado al modelarla. Y respecto de originalidad, dígasenos de dónde tomó Carpio la idea y los accesorios de "Napoleón en el Mar Rojo," de dónde el temor profético que al final de la "Ruina de Babilonia" expone acerca de la futura suerte de la más opulenta ciudad del mundo moderno.

La magnífica poesía oriental de los Libros Sagrados que inflamó y templó el espíritu de Carpio y dió riqueza y admirable energía á sus imágenes y estilo, es la que hemos paladeado desde la infancia; y los raudales que parten en esa fuente siempre serán dulces y salutíferos á quienes de tan antiguo han abrevado su sed en tales aguas. El gusto literario se modifica y cambia según las ideas que surgen y dominan por un momento para ceder á otras el puesto y perderse en la noche de los caprichos y errores humanos. Pero mientras esas nubes pasajeros desprendidas del espíritu de investigación, de la vaguedad é inconstancia en las aspiraciones, y ¿por qué no decirlo? del orgullo mismo de hombre, circundan la montaña en que se agrupan los pensadores libres, los sabios sin alma ni

Dios, la raza titánica de los que niegan el cielo que no pudieron escalar en los humildes valles é inmensas llanuras en que tantas generaciones han sentado y seguirán sentando sus tiendas en torno de la Cruz, brilla sin nieblas el sol de la fé y de la caridad, y vibra y se reproduce clara y sonora la voz de sus videntes y cantores. En tanto que un cataclismo moral no altere y cambie las bases de la sociedad, hoy cristiana, la obra de nuestro épico será aplaudida en todos los pueblos que hayan heredado la hermosa lengua de Cervantes.

V.

He dicho ya casi todo lo que me proponía decir acerca de Carpio, y sólo me falta citar algunos de sus versos, así en apoyo y corroboración del carácter épico que en él creo descubrir y bajo el cual le he principalmente considerado, como en son de la más elocuente y digna alabanza que de sus facultades poéticas pudiéramos ensayar al conmemorarle:

Habla así en "La Destrucción de Sodomá:"

• “Entonces fué cuando Jehová tremendo
Se precipita desde el ancho espacio
Cual meteoro abrasador y horrendo:
Desciende en querubines voladores,
La tempestad le sigue con estruendo,
Los torbellinos son sus batidores.”

En el “Castigo de Faraon” hay esta valiente pintura del ángel exterminador y de su estrago:

“Un ángel en tanto voló como un rayo
De Siene hasta el Delta, temblando de enojo:
Con la ala derecha tocaba el Mar Rojo,
La izquierda tocaba al Libro arenal.
Volaba cubierto de espesa tiniebla,
Llevaba en la mano su acero sangriento;
Sus negros cabellos vagaban al viento,
Sus ojos brillaban con luz funeral,

.....
Murió desde el hijo del pobre leñero
Hasta el del monarca de Egipto señor.
Un grito de muerte se oyó á media noche
En todo el imperio: llevaba la gente
Pavor en el alma, sudor en la frente;
De todos los ojos el llanto corrió.
El rey se levanta del lecho de grana,
Los vastos salones recorre aturdido:
Sus lágrimas ruedan, y da un alarido
Que en todo el alcázar, en todo, se oyó.”

En “la Pitonisa de Endor” dice de la aparición de Samuel en presencia de Saúl:

“Dió la tierra un mugido y espantaa
Tembló bajo los pies de la hechicera.
—¡Ay infenz! gritó la encantadora,
Erizado en la frente su cabello,
Tú eres el rey, señor; me has engañaCc;
Horrible trasudor cubre mi cuello.
—Nada temas, mujer; dime, ¿qué viste?
—VÍ un magnate subiendo de la tierra:
Ahí está la fantasma que me mira,
Y ya se acerca y su mirar me aterra.
—¿Y cuál es su figura?—Es un anciano
De barba espesa y blanco su cabello.
De manto negro y rostro sobrehumano:
Ya está á mi lado y siento su resuello.
Y me agarra la mano con su mano.”

He aquí magníficas reminiscencias bíblicas y homéricas en “La Cena de Babilonia”:

“El intrépido ejército de Ciró
Está sobre las armas impaciente
Por tomar la ciudad: la infantería
Se conmueve y agita sordamente,
Cual negra tempestad que allá á lo lejos
Brama y rebrama en la montaña umbría.
Ya se aprestan de Persia los ginetes,
Sus fuertes armaduras centellean,
Y encima de los cóncavos almetes
Altos plumajes con el aire ondean.
Ya se escucha el crujir de los broqueles
Y la grita de jóvenes bizarros,
Y del sonante látigo el chasquido

Y el rodar de las ruedas de los carros.

Tres veces el relámpago te alumbra,
Orgullosa ciudad de los impuros,
Y estalla el rayo fúlgido tres veces,
Y tres al estallido te estremeces
Con palacios, con torres y con muros."

La parte final de "La Ruina de Babilonia" á que antes aludí, es esta:

"Así acabó la reina de las gentes
Harta de orgullo y de placeres harta,
Como acabó la espléndida Palmira,
La sabia Atenas y la dura Esparta
Cuyas reliquias el viajero admira.
¿Quién sabe si en los siglos venideros
Los sabios de los reinos más lejanos
Irán á ver de Londres opulenta
Los restos entre inmóviles pantanos!
¿Quién sabe si en sus plazas y en sus calles,
Pastarán las ovejas y los bueyes,
Y anidarán las aves solitarias
En los grandes palacios de sus reyes!"

En la "La Anunciación" noto estos rasgos:

"A los pies del Señor, de cuando en cuando
El relámpago rojo culebrea,
El rayo reprimido centellea
Y el inquieto huracán se está agitando.

Cuando pasa cercano á los luceros
Desaparecen como sombra vaga,
Y al pasar junto al sol, el sol se apaga
De Gabriel á los grandes reverberos."

Hállanse en "El Monte Sinaí" estos otros rasgos:

"Al pasar el Señor, que Jaron mudas
Las olas del Mar Rojo.....

Llega al Monte, y el Monte se deprime,
Y su ancho fundamento se estrecece.

El abrasado Sinaí parecía
Altísima pirámide de lumbre,
Negros celajes vagan por su cumbre
Como las olas de la mar sombría.
Asustada retírase la gente
Del monte oscuro que terrible humea;
Sólo Moisés, mientras la llama ondea,
Con el Señor conversa frente á frente."

¿No es verdad que todas estas pinceladas son épicas? Pues las hay iguales ó parecidas en otras muchas poesías del autor. Todavía en la intitulada "El Diluvio," que es de las últimas que escribió y sin duda muy inferior á las citadas, asoman, si bien entre prosáicas y desaliño deplorables, el genio y la chispa característicos. La figura episódica de la blanca Selfa con el esposo y

el niño parece brotar de la pluma de Gallego, irritado Jehová con los crímenes de los hombres, ordenó al espíritu de las aguas

“.....Que anegara el mundo
Con grandes lluvias y avenidas grandes,
Y que volcára el piélago profundo
E inundara la cumbre de los Andes.”

El ángel vuela y se detiene en la cima del Ararat contemplando desde allí tristemente á la tierra: torna á volar y quebranta las fuentes todas del abismo: va, por último, hácia el Sur, levanta con su diestra el polo, vuelca los hondos mares, y se asusta él mismo con el estruendo de las aguas.

Menor en grandeza por el asunto, pero magníficamente ideada y acabada, es la poesía “Napoleón en el Mar Rojo” que igualmente he mencionado, y que, escrita cuando se hallaba en plena riqueza la vena de nuestro Carpio, da idea aventajadísima no sólo de su facultad épica, sino también de su originalidad é invención y del talento y el arte con que era capaz de escoger y adaptar los recursos poéticos al fin propuestos. El sitio elegido es la playa del Mar Rojo: se ha puesto el sol detrás de las montañas de Libia: la sombra ha envuelto las ruinas de Tebas y de Menfis, é invadió el silencio los senderos que llevan hacia las Fuentes de Moisés. Bonaparte avanza á

caballo á la cabeza de su ejército, pensando en las conquistas de Faraones y Tolomeos y en hazañas de los cruzados. ¿Quién habría entonces previsto que Europa doblara la cerviz ante aquel joven? Entre tanto, la noche cierra, se espesan las tinieblas, se desencadena el viento, se hincha el piélago que siglos atrás abrió sepulcro á carros y caballos y caballeros, y extendiéndose por la playa, amenaza tragarse el caudillo moderno y á sus falanges.

“El férvido caballo
Del grande Bonaparte
En medio del peligro
Salir del agua emprende,
E indómito su pecho
Las anchas olas hiende,
Y, abiertas las narices,
Relucha con el mar.”

El altivo jefe descansa, como César, en su fortuna; vislumbra sus próximos triunfos en Egipto, y sueña con el dominio de Europa y el restablecimiento del trono de Capeto.

“Si alguna de las olas
Le hubiera arrebatado
Al fondo peñascoso
Del piélago profundo
¡Qué llantos y suspiros
Ahorráranse en el mundo!

¡Qué incendios y matanzas
 Ahorráranse también!
 Mas Dios, que allá á sus solas
 Miraba los imperios
 Y mil y mil designios
 Altísimo tenía,
 Sacó de entre las aguas
 Al hombre que debía
 A pueblos y monarcas
 Poner bajo su pie.”

Sacóle para que su espada castigara los crímenes de Europa y de un siglo que lleno de escándalo al mundo: le abrió y cerró sucesivamente el camino de la victoria, y deshizo, al fin, en Santa Elena el instrumento de sus designios, llamando á juicio al terrible y glorioso ejecutor de sus fallos.

VI.

Toca mi humilde labor á su término.

Debido y satisfactorio es honrar la memoria de los hombres que ilustraron su época y su nacionalidad con el doble fulgor del talento y de la virtud, y que labraron el bien de sus coetáneos y de sus pósteros con el ejemplo de sus actos y el alimento

saludable de su doctrina. Pero en casos como el presente, en que el barón justo á quien recordamos, además de excelente ciudadano y distinguido sabio, ha sido profundo pensador y verdadero artista en el arte quizá de mayor alteza y de más ardua adquisición, en el arte de la palabra que expresa los pensamientos más rectos y fecundos, los más dulces y nobles afectos y las más legítimas y piadosas esperanzas del ser humano; cuando recibió del cielo ese artista la chispa que Prometeo quiso en vano arrebatarse al Olimpo y con ella ha alumbrado las almas é inflamado los corazones, el homenaje que se tributa lleva consigo el perfume del cariño y se ciñe las alas de la admiración y el entusiasmo.

Al glorificar á Carpio glorificamos al Estado Veracruzano que fué su cuna; á México que le cuenta entre sus más grandes poetas, y á todos los pueblos americanos que recibieron y conservan el habla de Castilla.

Orizaba, abril 4 de 1891.